

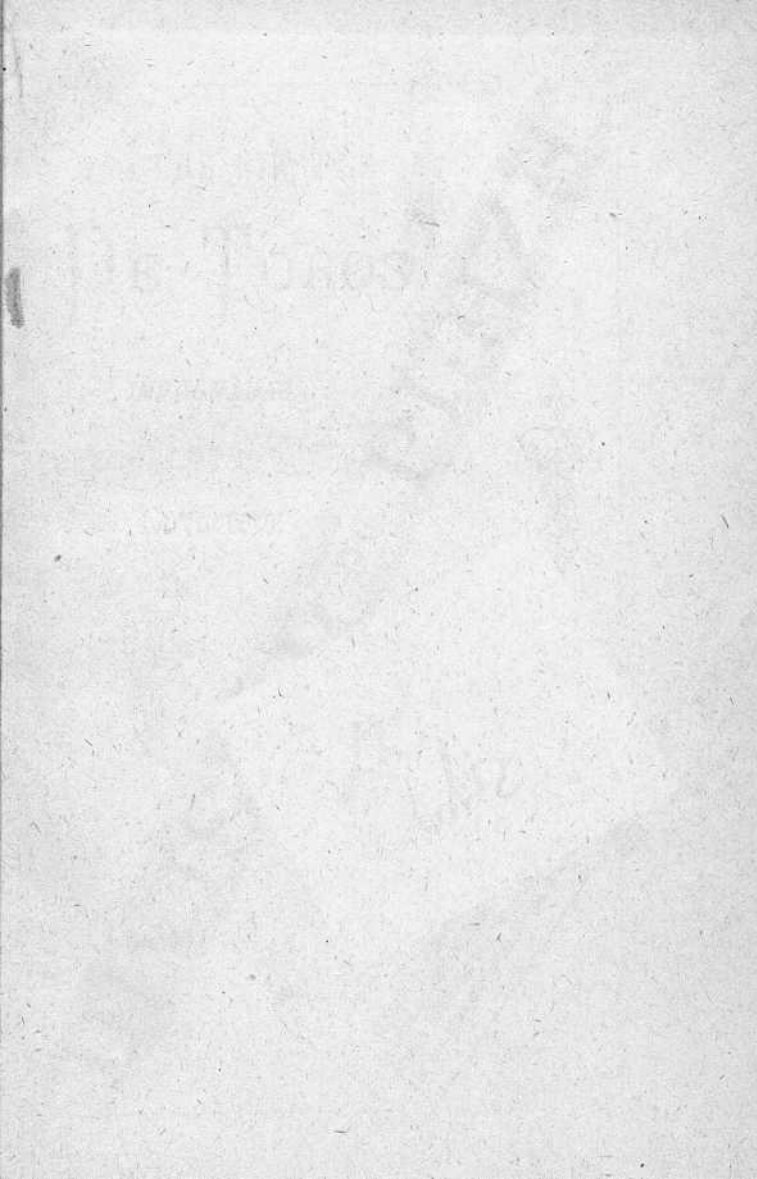
7.

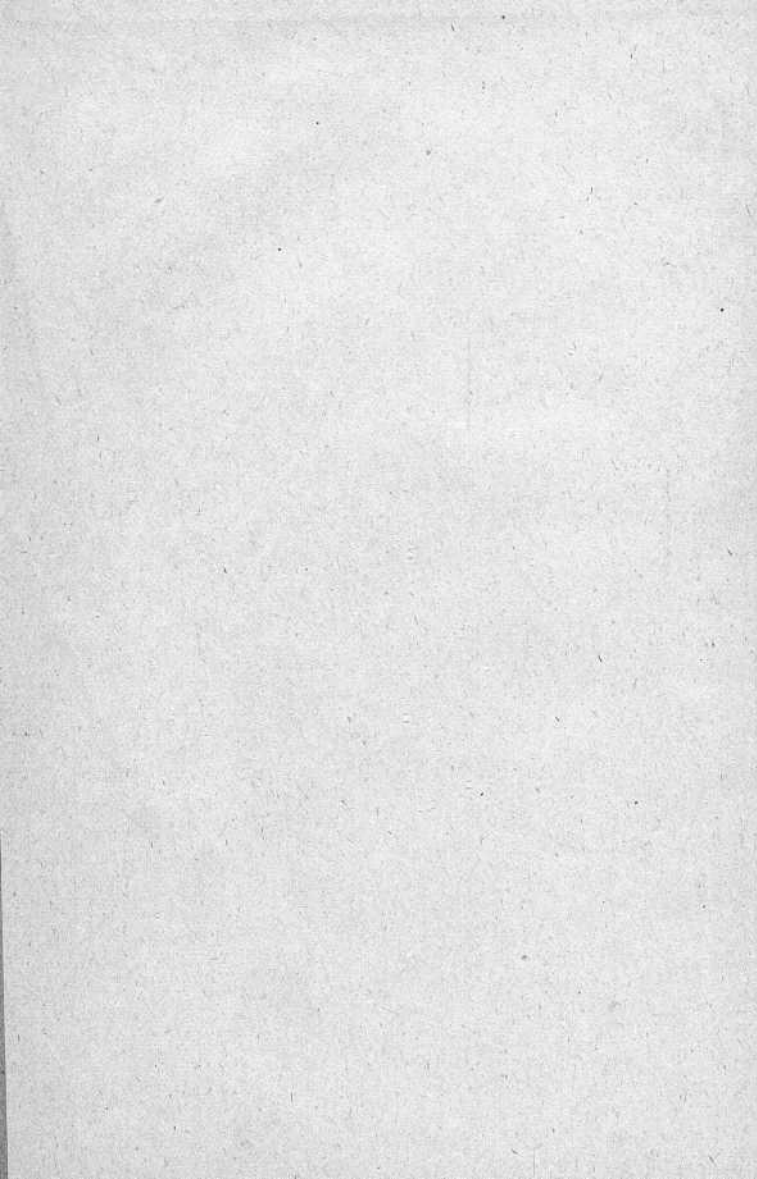
DIVISIÓN DE PLAZA











122

LAS FIESTAS

DE TOROS

IMPUGNADAS

POR

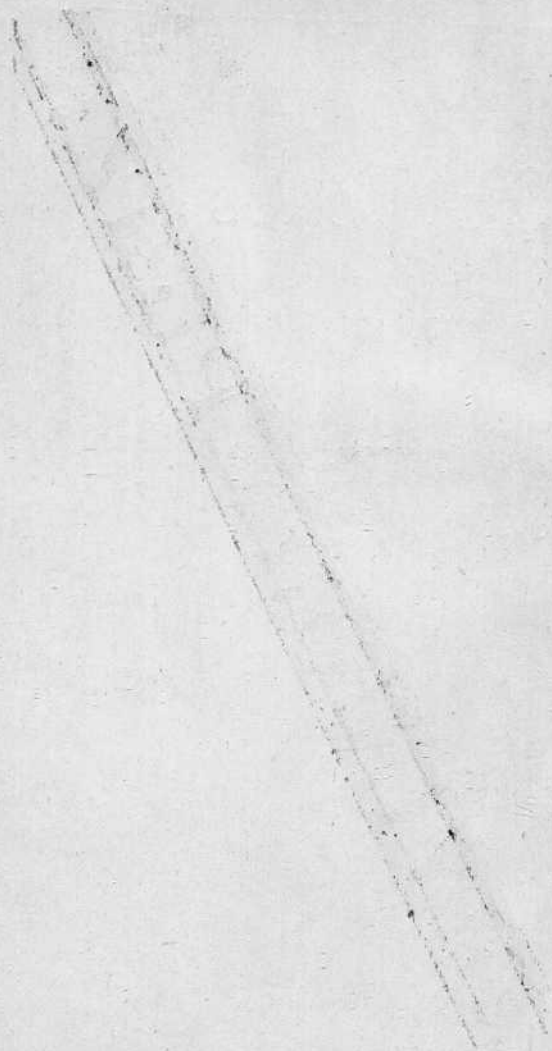
José Navarrete.



DIVISIÓN DE PLAZA

Sobaquillo
B. L. M.

Al Sr. D. José Navarrete, y le participa que, después de leída su IMPUGNACIÓN de Las Fiestas de Toros, hará la DEFENSA de éstas, á la mayor brevedad posible, con el auxilio de la Divina Gracia.



DIVISIÓN DE PLAZA



LAS FIESTAS

DE TOROS

IMPUGNADAS

POR

José Navarrete.



DIVISIÒN DE PLAZA

SABAQUILLO
B. L. M.

Al Sr. D. José Navarrete, y le participa que, después de leída su IMPUGNACION de Las Fiestas de Toros, hará la DEFENSA de esas, á la mayor brevedad posible, con el auxilio de la Divina Gracia.

MADRID

F. BUENO Y COMPAÑIA, EDITORES

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

Madrid, 1886.—Imp. de Rubiños, plaza de la Paja, 7, bis.
Servicio telefónico, núm. 486.

Al distinguido periodista D. José Ferreras, Director de «El Correo.»

En testimonio de simpatía por su propaganda contra las corridas de toros, dedica este modesto trabajo su afectísimo amigo

José Navarrete.

LAS FIESTAS DE TOROS
IMPUGNADAS POR JOSÉ NAVARRETE

LAS FIESTAS DE TOROS

IMPUGNACION

UNA COGIDA

Suena el clarín; la multitud se agita;
ya está en el circo la asombrada fiera;
impávido el jinete que la espera,
su atención y su enojo solicita.
—«Menos vara, morral»—un chusco grita:—
«¿se ha enamorado usted de la barrera?»—
El hombre avanza, y rápida y certera
á su encuentro la res se precipita.
Como roca del monte desgajada
rueda el jinete, y ébria de furores
cébase en él la fiera ensangrentada;
mientras, ahogando el ¡ay! de sus dolores,
la imbécil muchedumbre, entusiasmada
repite: «¡Picadores!» «¡picadores!»

MANUEL DEL PALACIO.—*Sonetos.*—1883.

CUENTA el gran Voltaire en *El hombre de los cincuenta ducados*, que un fraile carmelita, para consolar á un infeliz que lo com-
padecía por no llevar calzas, le dijo:

—No se aflija usted, hermano, que el cuerpo se hace á todo. Verdad es que andamos sin medias ni zapatos, y eso menostenemos que gastar; pero tan poco frío tenemos en los pies como en la cara y las manos, y si nuestra

santa Orden nos lo hubiera mandado, llevaríamos el trasero al aire tan ricamente.

En ahorro de que Francisco Gutiérrez (*El Chuchi*),



Matías Uceta (*Colita*) y Jose Calderón, representantes hoy los más genuinos de la raza de los Sevillas, los Pintos, los Trigos y los *Charpas*, me respondan, tocante á sus costillas, cosa análoga á la que contestaba el fraile respecto á sus pies, me libraré yo de fundar en la compasión de los picadores, ni de prójimo ninguno de coleta, casi todos mayores de edad, mis razones contra las fiestas de toros, sin embargo de que éstas son también condenables bajo el punto de vista de la vida del hombre, y de que, según hemos de probar, debería un Gobierno que tuviera el concepto exacto del derecho, prohibir la lidia de reses bravas.

Tampoco diré yo, esclavo de la verdad, que se va concluyendo la afición á los toros en nuestro país. Muy al contrario, cunde más cada día, y es natural que así suceda, pues según los datos recientemente publicados por el *Instituto Geográfico y Estadístico*, de los 16.753.591 individuos, católicos en más de sus dos tercios, que constituyen la población de España, los 11.978.168 no saben leer y escribir, y á las consecuencias de la ignorancia les sucede lo que á la mala hierba: crecen mucho.

¡Qué se ha de concluir la afición á los toros! Apenas se fijan los vistosos carteles en las esquinas de Madrid, se apiñan alborozadas las gentes al pié de ellos para saborear su lectura, y desde el Viernes Santo empieza á formarse la *cola* delante del despacho de billetes, para comprar los de la corrida de Resurrección con que se inaugura la temporada. Quien no haya asistido nunca al espectáculo, puede irse formando idea de su cultura por esa manifestación preliminar.

Forman la *cola* muchos especuladores que venden luego el sitio á los aficionados que llegan tarde, y muchos pobres también, cuya gloria es el tendido, y que sacrifican gustosos un día ó dos de jornal que necesitan acaso para matar el hambre de sus hijos, á la ventura de lograr la entrada, por más que, en ocasiones, se quedan éstos y aquéllos tocando tabletas, por haberse llevado todo el papel unos cuantos revendedores.

Esa *cola*, cuyas vueltas alcanzaban hasta el café de Madrid, y aun hasta el Imperial, se enroscan hoy en el solar del derribo de la entrada de la calle de Sevilla; y en demostración de que la culebra está viva, no es floja la que suelen armar muchos de sus individuos, á palos, á silbidos y á bofetadas, siendo necesaria, para mantener allí el orden, una brigada de agentes de orden público.

¡Qué ha de concluirse la afición á los toros! Si un desconocedor de las costumbres, pero amante de España, pudiera contemplarla á vista de pájaro, un día del *Corpus*, ó de la Ascensión, ó de Santiago, sin saber que era día repicado, y sin alcanzar con la vista los pormenores del movimiento, al ver en Madrid la calle de Alcalá y las vías de comunicación con los circos taurinos en las demás capitales y en muchos pueblos, se regocijaría creyendo que nuestra patria había entrado en el camino de su regeneración científica, industrial y comercial; que aquello era lo diario; que el ir y venir y el ruido y la animación, lo producían los arrastres de las primeras materias, de las máquinas, del combustible y de las mercancías desde los muelles, ó desde las estaciones de los caminos de hierro á los almacenes, á

los talleres, á las fundiciones, á los establecimientos, así como las gentes innumerables que, á pié ó en carruaje, andaban de aquí para allá en sus múltiples negocios; que ya, por último, tenían nuestras grandes poblaciones arterias semejantes á Broadway, en Nueva York; á los *boulevards*, en París; al Strand, en Londres, y á la Cannebiere, en Marsella. Tal se imaginaria, repito, el amable observador, sin comprender que, por desgracia, todo era una ilusión óptica, y que donde iban los españoles, saliendo de su habitual inercia, era á santificar la fiesta del día en la plaza de toros.

—¡Es mucha calle la de Alcalá los días de toros!— he oído exclamar no pocas veces: ¡y vive Dios que ponderan los que tal dicen un cuadro interesante!

Centenares de ómnibus y de tartanas, en su mayor parte antediluvianos, de que tiran, con atalajes de la misma época, rocines matalones, forman larga hilera desde la Puerta del Sol hasta el Palacio de Buenavista. Los mayores, que por quítame allá esas pajas suelen injuriarse con los epítetos y las invectivas más soeces, molestan al público con su incesante vocear «¡eh! ¡á la plazal ¡á tres reales arriba! ¡dos me faltan! (siempre les faltan dos); y cuando logran embutir en el interior, en la imperial y en los estribos, triple número de las personas que racionalmente caben, hacen arrancar á los caballos á escape, con dirección al circo. Durante el trayecto, los pasajeros del piso alto requiebran á las mujeres que pasan; chulean, con más ó menos chiste, á los hombres, y arrear furiosamente al ganado; que sería un dolor llegar tarde y perder el incidente más

pequeño de diversión tan escogida y variada; aconteciendo con frecuencia, por rotura ó choque, que el carricoche vuelca y se desnucan dos ó tres de los futuros espectadores, ó atropella á algún transeunte y le quiebra un remo, teniendo siempre, sin excepción, que hacer los inspectores de policía urbana, después de cada día de toros, un sinnúmero de denuncias de cocheros por infracciones reglamentarias.

Tal es el aspecto vergonzoso que presenta la mejor calle de la primera capital de España las tardes en que se verifica una corrida de toros.



Al nombrar á un matador de toros, declaro que no tengo enemiga de ningún linaje contra las personas de los toreros, y que me guardaré bien de ofenderlos al combatir rudamente su oficio, no ya sólo por el respeto que de obligación me toca guardar á cualquier hombre, sino por exigirlo así la justicia.

Presumo yo que los aficionados—pongo por caso madrileños—que han seguido carreras científicas, y son más felices al recoger cada temporada el abono á localidad de preferencia del tendido núm. 2 ó del núm. 3 precisamente, para estar enfrente de las tandas, que cuando recibieron sus títulos de abogados, ó de ingenieros; creo yo, repito, que esos aficionados que van discutiendo después los pormenores de la lidia con un fervor digno de más noble causa, pecan mucho, pero

muchísimo más contra el sentido común, que *Guerrita*, *Manene* y el *Torerito* cuando clavan un par de frente, ó cuarteando, queriendo que reverdezcan en ellos los laureles conquistados por el *Lillo* y el *Cuco*, por Matías y por el *Regatero*.

Dicho sea, sin embargo, en homenaje á lo cierto, la mayor parte de los señoritos apasionados del toreo conocen la barbarie de la fiesta, por más que ese discutir no descende de la razón al sentimiento, de la cabeza al corazón, y los mueve á renunciar al espectáculo. En corroboración de esto, me decido á publicar una carta de un queridísimo amigo mío, que es gran aficionado á los toros y muy conocido en Madrid.

Le escribí yo, poco tiempo há, pidiéndole un apunte de las razones, de las vulgaridades mejor dicho, más salientes que se emplean para defender la lidia de reses bravas, y me contestó lo siguiente:

MADRID 11 DE OCTUBRE DE 1884.

Dices bien, querido José; mi afición á los toros es muy grande; hace dieciocho años que estoy abonado y no pierdo una corrida. Pero por lo mismo quizá que tanto me gustan (no sé por qué), soy á la vez enemigo mortal de la fiesta, y todos los argumentos que se me ocurren, que son muchos, á propósito de la lidia, resultan contrarios á ella, siendo éste su resumen: en una corrida, público inclusive, sólo son dignos de lástima el toro y el caballo, y el único que tiene razón es el toro.

Te advierto que como yo piensan muchos aficionados.—Tuyo,
ENRIQUE GARCÍA TRIVIÑO.

Si tal dicen del toreo los que disfrutan sin embargo presenciándolo, calcúlese cuán digno de loa es el Gabinete francés que preside M. Ferry, que desdeñando la algarada movida, pocos meses há, por unos cuantos legitimistas, católicos rancios, en favor de las corridas, ha negado resueltamente que se efectúen en la capital de la vecina República; y véase también si no está previamente disculpada la dureza con que yo, español del Puerto de Santa María, voy á combatir la fiesta salvaje.



Una de las sandeces con que se arguye en favor de los toros, es la de que se trata de la fiesta nacional, de la fiesta pintoresca y grandiosa que nos caracteriza en el mundo, razón por la cual debemos conservarla, á todo trance, hasta la consumación de los siglos. Cabalmente; así como la fiesta que da carácter á Marruecos es la de penetrar doscientos jinetes, moros de rey, en una kabila desobediente al Emperador, cortar la cabeza á la mitad de los insurrectos, clavar cada una de ellas en la punta de una pica, y flotando los colores de sus airosos trajes y al galopar de sus briosos caballos, mientras unos soldados ejecutan con las sangrientas picas sorprendentes juegos, correr los otros en torno

suyo la pólvora, luciendo su agilidad y su destreza al hacer molinetes y mil primores con las espingardas. El espectáculo es grande y vistoso, y sirve de coronamiento á tanta belleza, el gozar aquellos bizarros marroquíes, sobre los divanes forrados de ricas telas de sus *jaimas*, de los hechizos de las hembras cautivas, hijas, hermanas, ó mujeres, de los difuntos. ¡Fuera lástima grande conquistar á Marruecos y privar á sus moradores de fiesta nacional tan soberbia, y que tan bien retrata el carácter de aquellos sectarios de Mahomal ¡Ah! ¡Qué diríais, si levantarais la cabeza, vosotros los que fundabais el orgullo de ser españoles en que el sol no se ponía en los dominios de España, al ver que hemos llegado á tan poco, que nos contentamos con ser conocidos en el mundo por la nación de las corridas de toros!

Otra necedad se dice, queriendo con ella disculpar la lidia de reses bravas, y es que los ingleses riñen á puñetazos y que los norteamericanos luchan, dentro de una jaula, con un perro de presa. En primer lugar, una brutalidad no es nunca argumento en favor de otra, y ellos podrían redargüirnos diciéndonos que nosotros, además de los toros, tenemos las navajas; y en segundo lugar, si bien yo no encuentro frases bastante duras para condenar á los *boxeadores* y á los combatientes con *buldocs*, ello es que ni éstos ni aquéllos están amparados por la religión ni por el Gobierno; ni esos trompis, ni esos mordiscos constituyen fiesta nacional, sino que, muy al contrario, la policía tiene órdenes severas para perseguir y encarcelar á los actores de escenas tan bárbaras y tan repugnantes

Respecto á los ejercicios ecuestres y gimnásticos en los circos, lo mismo en España que en el extranjero, disfruta el público, no tanto con la habilidad de los artistas como con la posibilidad de verlos descostillados. Anúnciese por una empresa que los ejercicios más maravillosos van á ser ejecutados en los trapecios ó sobre la cuerda tirante, sin riesgo alguno para los acróbatas ó funámbulos, y la ruina de los empresarios es inevitable. El más prodigioso salto nada vale sin la salsa de que tal vez se rompa el volatín el esternón. Esto es doloroso, pero indudable.

No podemos nosotros tampoco echar plantas acusando á los *boxeadores* y á los que se pelean con los perros, pues norteamericanos é ingleses nos acusarían á su vez por otra de nuestras incultas fiestas nacionales, las riñas de gallos, consentidas por el Gobierno, y que además de lo que perjudican á la especie de aves de corral más útil para el hombre, separando de las hembras los machos más escogidos por su belleza, su agilidad y la bondad de su sangre, revelan poca bondad de corazón en los que disfrutan viendo agujerarse los cráneos á dos animales inofensivos, despojados de su vistoso plumaje y movidos por la mala pasión de los celos. Preciso es confesar que hay semejanza entre los espectadores de las riñas de gallos y de las corridas de toros, y los asistentes á los autos de fe de la Inquisición y al alimento de las fieras con hombres y mujeres en los anfiteatros romanos.

Pero la apoteosis de todos los espectáculos bárbaros modernos, no hay que darle vueltas, es la lidia de reses bravas. En ninguna parte se desordenan

más las pasiones, en ninguna parte se prostituyen tanto las aspiraciones del alma como en la plaza de toros.



La mayoría de los padres de familia, aun aquellos que más blasonan de celosos de la buena educación de sus hijos, desconocen las piedras de afinar las almas de los niños, y el influjo que faltas, pequeñas en su paternal opinión, pueden tener mañana en los sentimientos de aquéllos cuando sean hombres.

Suelen los niños más monos tener muy mala intención, y ser su distracción favorita coger moscas para martirizarlas, cortar las plumas de las alas de un pájaro y arrastrarlo amarrado con una guita hasta que perece de hambre ó de un golpe; matar hormigas, maltratar perros, apalea gallinas, etc. Pues bien, el consentir á los niños esos atentados contra pobres animales, es dejarlos respirar una atmósfera deletérea que va corrompiendo poco á poco sus corazones. Si al contrario, y en forma comprensible para sus embrionarias inteligencias, se les hiciera entender que la mosca, el gorrión, la hormiga, el perro y la gallina, son seres como ellos, infinitamente perfectibles en inteligencia, espíritu y forma; si los padres explicaran á los niños que las hormigas son modelo de fraternal asociación, todas para cada una y cada una para todas; si los castigaran cuan-

do maltratan al ave canora, que llena de alegría la casa; si les dijeran que algunos perros, más racionales que muchos hombres de pueblos civilizados, son alto ejemplo del cumplimiento de las verdades evangélicas, porque su amor y su fidelidad están á prueba de ingratitudes, porque si los hieren á golpes, hacen más todavía que presentar la otra mejilla; lamen la mano que los ha herido, y dan finalmente por salvar al hombre, por librarlo del peligro entre las ondas del mar, entre las nieves de las montañas, ó en las soledades de los bosques, cuanto puede dar un ser por otro, la existencia; si los padres, repito, realizaran con atención suma estos, á ojos vulgares, insignificantes cuidados; si además de la inteligencia con letras, educaran también las almas de sus hijos despertando en ellas el sentimiento de lo noble, de lo bello, de lo delicado, seguro es que no registraría la historia de la humanidad muchos de los crímenes que la han espantado y puesto en el duro trance, desconociendo la manera de curar las almas, de consentir que se levanten los siniestros tablados en las plazas públicas.

Yo siento pena grande cuando veo que un padre lleva á su hijo á que se divierta á los toros; entiendo que le infiere daño más grave que si inoculara en sus venas un virus venenoso con la punta de una lanceta; y es que hoy se sabe que son perjudiciales para la salud corporal las atmósferas mefíticas, las atmósferas contenedoras de miasmas pútridos, y las aguas estancadas ó cuya corriente arrastra sustancias ponzoñosas; se sabe que obrando las unas en los órganos respiratorios y corrompiendo la sangre, y las otras en el aparato digestivo y

destruyendo luego los intestinos, ocasionan la muerte; pero se ignoran por completo las causas de los padecimientos del alma, elemento medio del ser humano que, á impulso de la inteligencia que piensa y rige, mueve á la materia que hace y produce.

Así como el hierro descompone la humedad del aire y apoderándose del oxígeno pierde su brillo y se cubre de una mancha rojiza, de igual modo en los centros donde se desatan y se revuelven las malas pasiones, el alma del ser que vive en ellos se prostituye, se embrutece y conduce al hombre por las trochas de la maldad.



En la lidia de reses bravas, en esa horrible atrocidad que hemos convenido en llamar fiesta nacional, los grados de ventura de los espectadores se miden por los de sufrimiento de los seres racionales, ó irracionales, que toman parte activa en el espectáculo.

La muerte en el redondel de media docena de lidiadores y de una de caballos, y la conducción á la cárcel por el delito de fuga del resto de la cuadrilla montada y pedestre, sazonado todo esto con unas cuantas puñaladas dadas y recibidas en los tendidos por los adoradores del matador A y los idólatras del espada B, sería la realización de uno de los ideales más bellos, de una de las más rosadas ilusiones que forjarse pueden sobre corridas de toros.

Dicen algunos, para disculpar su entusiasmo por el toreo, que no van á la plaza en busca de las escenas repugnantes de la lidia, sino para disfrutar, antes de la salida de la primera res, del colorido, del movimiento y del bullicio de los miles de espectadores que llenan las localidades del circo. Esto sólo se concibe que sea dicho por personas que no tengan concepto ninguno de lo bello. Aquella espantosa gritería con mezcla de silbidos, de groseras interjecciones y de los acordes de una charanga, no sé yo á qué linaje de órganos auditivos puede ser grata; ni concibo tampoco qué recreo hallará la vista en aquella confusión de chaquetas, hongos, levitas, sombreros de copa y abanicos, salpicada muy escasamente de pañuelos y mantillas, pues si en el palco *a*, ó en la delantera de grada *b*, pueden admirarse los radiantes ojos de una morena, ó la graciosa sonrisa de una rubia, para conseguir esto, no hay necesidad de ir á la plaza; y la presencia en ésta de dichas hermosuras, sin hablar nada en pro de los artistas de coleta, demostrará sólo que una mujer puede, gustando mucho, tener un gusto perverso.

De tal manera influye en el desarrollo de los malos instintos la sola asistencia al circo taurino, que desde antes de comenzar la lidia, ó en los intermedios de ésta, anhelan los espectadores, á falta de un toro chorreando sangre, ó de un caballo pisoteándose las tripas, en que recrear la vista, una víctima sobre quien descargar sus burlas. Si un desventurado cruza el redondel para ir á ocupar su asiento, no bien se destaca solo en la arena, recibe del público una grito descomunal, y si los gritadores tuvieran á mano cualquier género de

projectiles, se los tirarían á la cabeza al inocente blanco de la rechifla, y conquistaría un frenético aplauso el que, bajando al ruedo, clavara una banderilla en las nalgas del silbado.

Si un toro salta entre barreras, el público está lleno de ansiedad hasta que el cornúpeto vuelve á salir al palenque, y si lo verifica sin haber tropezado con ningún bulto, la ansiedad se resuelve con un murmullo de desencanto; el incidente ha hecho fiasco; los espectadores silbarían al toro de buena gana, si el toro entendiera de silbas, por no haber siquiera lanzado al aire á un aguador, ó á un naranjero, ó volteado á un municipal.

En la plaza de toros todo el mundo se juzga relevado de respetar los derechos de sus semejantes de cualquier sexo y condición que sean. Si el montón anónimo descubre entre los espectadores uno narigón, ó con un sombrero de moda pasada, ó con espejuelos, ó una muchacha bonita, ó un jorobado, á él, ó á ella, se dirige en masa, y descortés é irresponsable, pone en berlina al hombre, coreándole su falta, ó su apéndice, y hace enrojecer de vergüenza á la mujer con sus piropos descomedidos.

En la plaza de toros, aun entre las personas de más urbanidad, surge una pendencia que se resuelve á estacazos, por el más baladí de los motivos.

Nadie que en algo se estime osaría entrar peneque en un teatro, en un paseo, en un circo ecuestre, en las gradas de un hipodromo, en un baile, ni mucho menos á ir por la calle con el corazón alegrado por una pítima interna.

Pues bien, pobres y ricos, suelen achisparse para ir á

los toros, y sólo este pormenor da la medida de lo que es la plaza.

Es verdad que no es eso frecuente en Madrid; pero en provincias, en Andalucía especialmente, el camarote de la tienda de montañés, el asiento del tendido y el comedor del burdel son inseparables.

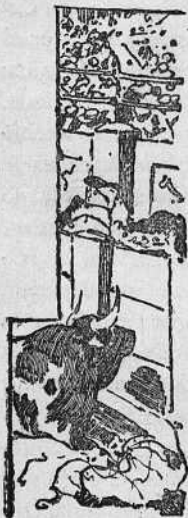
¿Quién no entra en *Vista Alegre*, ó en la *Fuentecilla*, en el Puerto; en la *Primera*, ó en la *Sacristía*, en Cádiz; en el *Matadero*, ó en una bodega, en Jerez, y en el *Colmado* en Sevilla, tres ó cuatro horas antes de la corrida, y sentado á una mesa cubierta de langostinos, de bocas de la Isla, de rajas de salchichón, de aceitunas y de roscas, no se bebe tres docenas de cañas de manzanilla, ó de amontillado? ¿quién no se lleva luego unas botellas de oloroso y unos emparedados al palco, al cajón, al centro de piedra, ó á la delantera de grada? ¿quién no come fuerte á la salida de la plaza? ¿quién, más tarde, no corre una *juerga* con *cantaores* de punta y mujercitas de primera? y ¿quién, por fin, no empalma esa *juerga* con otras y le hace un triduo, un quinario y hasta una novena á la corrida!



Afirman los sabios del toreo, que la mayor parte de las suertes son problemas de geometría, y hablan de la diferencia entre los arcos que recorren, el torero para salir bien al rematar una de aquéllas, y el toro para

perseguirlo; y añaden que en la lidia se demuestra cuánto más puede la inteligencia que la fuerza.

Cuenta que nadie duda que el hombre más bruto discurre mejor que el bruto más inteligente—así debe ser al menos;—pero si por algún camino pudiera demostrarse lo contrario, sería justamente por el argumento de la plaza de toros.



El toro, que es uno de los animales menos inteligentes, suele herir y aun matar *Pepe-Hillos*, *Pepe-tes*, *Montes*, *Tatos*, *Frascuolos* y *Dominguez*, y eso, vuelvo á decir, que es una de las bestias más bestias; pero que salga á la plaza, después de discurrir habilidades defensivas, la Academia de Ciencias, y que le suelten un par de leones, á ver si dice: «¿leoncitos á mí?»

Esto me recuerda á aquel señor que dió en un Ateneo una conferencia larguísima para demostrar que la música domestica las fieras, y al concluir el orador le dijo uno de los oyentes:—«Todo eso está muy bien; pero póngase usted delante de un toro tocando el violín.»

El poderío de la inteligencia se demuestra explicando el misterio de lo invisible, abriendo paso á los buques por el canal de Suez y á la locomotora á través de las montañas, y descubriendo el teléfono y la manera de dar dirección á los globos.

Dejo intacto, sin comentarlo, ni combatirlo, porque es delicioso, lo de considerar el circo taurino como clase de matemáticas, y defender la asistencia á la lidia por afición á la geometría, sobre todo en un país donde las cuatro quintas partes de sus habitantes no saben leer ni sumar.

Fijándonos en la suerte de garrocha, dudo mucho que haya quien descubra en ella un solo punto geométrico; de lo que sí tiene bastante ese primer episodio de la función es de suerte, porque, más que suerte, milagro es y grande, que haya picadores vivos en el mundo, contando en su historia la asistencia á más de cien corridas, que representan por lo menos seiscientas descomunales caídas, cada una de las cuales habría bastado para no dejar hueso sano en el cuerpo de cualquier ser racional no picador de toros.

La suerte de garrocha no satisface al público sino cuando el toro, en su feroz acometida, tira al suelo, conmoviendo el maderamen y aun la mampostería de la plaza, toda la balumba de picador y caballo, siendo en este caso los grados de júbilo y los aplausos directamente proporcionales á la entidad del batacazo, llegando aquéllos á su colmo si el jaco queda muerto y el picador tiene que ser conducido á la enfermería con descalabradura, contusión ó cornada. Otro caso de satisfacción inmensa para los espectadores, aplaudido siempre con frenesí, es cuando recogiendo el toro en la cuna y por el vientre al caballo, lo arroja, con el picador encima, entre barreras: el bicho, por último, que da muerte al salir del chiquero á los caballos de los tres picadores de tanda, sacando de combate á los jinetes,

y continúa luego haciendo semejantes proezas durante el curso de la lidia, es celebrado en los anales del toreo, y se conserva su retrato fotográfico en las casas de las eminencias de la afición, que envidian al mortal feliz que posee disecada la cabeza potente de animal tan extraordinario.

Y cuando la fiera deja en el suelo, acribillados á cornadas, entre montones de tripas y sobre charcos de sangre, unos cuantos jacos en breves instantes, entonces los espectadores, ébrios de ventura, se levantan, y desafortadamente, á revienta pulmón, piden caballos, más caballos, sangre, más sangre, más sufrimiento, más dolor, más muerte para los pobres cuadrúpedos que tan nobles son y que tan grandes servicios prestan al hombre.

Pero si el toro no quiere, por más agujoneado que sea, embestir á los caballos, hay que castigar al toro; y no basta entonces con clavarle los arpones; es preciso, una vez en la vía de la crueldad, apurarla; es necesario ponerle banderillas de fuego; achicharrarle con pólvora las heridas, antes de matarlo; es, finalmente, indispensable que el pueblo eminentemente católico parodie todavía aquella otra barbarie de que fueron grandes maestros fray Tomás Torquemada y fray Pedro Deza.

Si los diestros, atemorizados por la intención, la pujanza y los piés del bicho, andan mohinos y rehacios en citarlo corto, conociendo la facilidad con que pueden salir de la suerte desnucados, ó con una cornada, arde el público en indignación contra los que no quieren arrostrar el peligro; y á gritos rabiosos, les prodiga el repertorio de los insultos más groseros, y les tira

cuanto tiene á mano, incluso, en ocasiones, las tablas del circo.

Por dicha, las mujeres, sobre todo las que en algo se estiman, asisten hoy á las plazas en número escaso, y no dan nunca señales de contentamiento, sino muy al contrario, de terror y de pena, cuando contemplan, verbi gracia, cómo á un caballo que se resiste á andar por enredársele las tripas en las patas y por impedírsele también la debilidad y los atroces dolores, lo obligan, sin compasión, á seguir moribundo adelante, el picador á espolazos y el *mono sabio* descargándole palos en el cuarto trasero.

Luego trataré de las proezas del mono sabio, ser tan despreciable, tan rebajado, tan odioso, tanto, que sólo porque no existiera, sólo por eso, deberían, de común acuerdo, concluir con las corridas, público, lidiadores y ganaderos.

*
* *

En la plaza de toros están los españoles hoy al mismo nivel de cultura que lo estaban los moros nuestros conquistadores.

Así, en las quintillas con que hace Moratín la reseña de la fiesta de toros que se verificó en Madrid para celebrar

el natal dichoso
de Alimenón de Toledo,

al referir los lances de la lidia, no habla de ningún problema de geometría, sino que, para ponderar la bondad del ganado y lo notable de la función, dice:

Salió un toro del toril,
y á Tarfe tiró por tierra,
y luego á Benalguacil;
después con Hamete cierra,
el temerón de Conil.

El alcaide muy zambrero
de Guadalajara, huyó
mal herido al golpe fiero;
y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.

En atención á estos batacazos, hasta el bravo alcaide
Aliatar

de la hermosa Zaida amante,
que ha dispuesto se celebre el espectáculo

por si la puede ablandar
el corazón de diamante,

anda remiso en ir al encuentro del cornúpeto;

mas, viendo se culparía,
va á ponérsele delante:
la fiera le acometía,
y sin que el rejón le plante
le mató una yegua pía.
Otra monta acelerado:
le embiste el toro en un vuelo,
cogiéndole entablado;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.

Después de quedar en la arena mal trechos Tarfe, Benalguacil, Hamete, el alcaide de Guadalajara y el moro de Horche, como si dijéramos, los de tanda y los de reserva, la res

dió vuelta hiriendo y matando
á los de á pie que encontrara,
el circo desocupando,
y emplazándose, se para
con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir;
la plebe grita indignada,
las damas se quieren ir,
porque la fiesta empezada
no puede ya proseguir.

Esto es, Aja y Zahara y Jarifa y Fátima y Zaida que-
rían marcharse; pero no llenas de angustia y de com-
pasión, á fin de apartar sus claros y dulces ojos de
aquel cuadro de horrores, sino en señal de desdén
á la falta de bravura de los mahometanos de la cua-
drilla.

Si algún erudito en asunto de verónicas, quiebros y
volapiés, dijera que confundo el toreo á caballo que
Moratín menciona, con las lides tauromáquicas actua-
les, yo le respondería, que bien sé cómo rejoneaban
antaño los más encopetados caballeros y cuál era la
misión defensiva de los chulos; que tampoco ignoro
que sobre el *arte de la jineta*, uno de cuyos ejercicios
peculiares era el rejonear, hay escritos más de doscien-
tos volúmenes, por Fernández de Andrada, Pedro de
Aguila, Conde de Puñonrostro, Melgarejo, Tapia y
Salcedo, Benavides, Argote de Molina y muchos otros;

que durante mucho tiempo se ha considerado como personas de respeto, con su *don* correspondiente, á los picadores, que del rejón con cuchilla de laurel, pasaron á manejar la pica corta y, por último, la garrocha usada hoy, y como gente maleante á la cuadrilla pedestre, hasta el punto de que ésta entraba en la plaza sin orden, por cualquier sitio, mientras que los alguaciles iban á buscar á los picadores, y después de saludarlos, marchaban formados con ellos á tomar la venia presidencial; pero, aun dadas estas diferencias, las dos funciones distintas constituyen una sola atrocidad verdadera; y por si no bastan á confirmar mis palabras las quintillas de Moratín, que en su afán de describir una famosa corrida, derriba, hiere y mata hasta lo inverosímil, citaré el curioso manuscrito que actualmente posee un respetable amigo mío, cuaderno en cuyas páginas don Juan Núñez de Villavicencio, caballero veinticuatro de Jerez de la Frontera, da instrucciones á sus dos hijos don Luis y don Diego sobre la manera de rejonear; y después de explicar menudamente varias suertes, añade: «que sería oportuno que durante la fiesta, y en una iglesia próxima, estuviera expuesto el Santísimo Sacramento, *para que los devotos rogaran por los caballeros que estaban rejoneando.*»

Examinando la composición de Moratín, es de notar cómo las estrofas que atañen á horrores de la lidia son las en que menos abundan las bellezas literarias. No parece sino que los hilos de la inspiración se rompían cada vez que don Nicolás se imaginaba una embestida del bruto ó una caída de corcel y caballero.

Compárense si no las quintillas anteriores, que son

de prosa rimada, con las admirables que refieren la entrada de Rodrigo de Vivar en el circo:

Sobre un caballo alazano,
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano.

.....
Suspenso el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero
vieron entrar por la plaza
un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes
de una cristiana primores,
en el yelmo los plumajes,
por los visos y celajes
vergel de diversas flores.

.....
Entre éstas y aquéllas hay la diferencia del brillante de aguas más raras, al cuarzo más grosero.

En corroboración de que la poesía se resiste á describir las fiestas bárbaras, recuérdese lo que dice Ro-

drigo Caro en su magnífica oda á las ruinas de Itálica:

Este despedazado anfiteatro,
 impío honor de los dioses, cuya afrenta
 publica el amarillo jaramago,
 ya reducido á trágico teatro,
 ¡oh fábula del tiempo! representa
 cuanta fué su grandeza y es su estrago.
 ¿Cómo en el cerco vago
 de su desierta arena
 el gran pueblo no suena?
 ¿Dónde, pues, fieras ¡ay! está el desnudo
 luchador? ¿dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció, cambió la suerte
 voces alegres en silencio mudo.
 Mas aun el tiempo da en estos despojos,
 espectáculos fieros á los ojos
 y miran tan confusos lo presente
 que voces de dolor el alma siente.

Este trozo, á pesar de la protesta, es el menos bueno de la composición.

Eso de preguntar suspirando á las fieras dónde está el luchador que despedazaban y se comían, cual si le preguntara Batilo á las flores y á las fuentes por su Dorila, me parece un poco duro, dicho sea con el respeto debido á la memoria del ilustre autor de las *Antigüedades de Sevilla*.

Además, es preferible el silencio mudo, á las voces alegres de un público feroz mezcladas con los lamentos desgarradores de las víctimas.

Creo yo que uno de los modos de apreciar lo que ha progresado [científica y artísticamente un pueblo

desde una época pasada á la presente, es la de comparar las costumbres de entonces con las de hoy; y tén-gase en cuenta que entran por mucho en esas cos-tumbres los festejos públicos. Nosotros, por desdicha, estamos hoy, en materia de fiestas, como hace más de tres siglos.

En un artículo muy curioso que ha publicado pocos meses há el señor don Manuel de Foronda, con el título *Corridas de toros en tiempos de Carlos V*, encuentro la prueba de lo que digo en el párrafo anterior.

En el tomo III de la *Collection des chroniques belges inédites*, publicada en Bruselas en 1882, ha encontrado el señor Foronda, y traducido en parte, el itinerario del primer viaje que hizo á España Carlos V en 1517. Escribió el itinerario un flamenco llamado Lorenzo Vital, y he aquí en qué términos describe una de las corridas de toros con que los españoles festejaron al Empe-rador:

«Se escoge una plaza grande y espaciosa para ver mejor la
»corrida, cuyo sitio se cierra para seguridad de los espectadores
»y preservarlos de los peligros que pudieran acontecerles, como
»también para evitar que nadie entre dentro del cercado, que
»no sea de la cuadrilla, la que se compone de un número de
»mozos valientes, á pie y á cuerpo, para poder correr mejor y
»defenderse de la fiera llevando cada cual en la mano su co-
»rrespondiente chafarote. Luego, cuando ya se está á punto de
»hacer correr los toros, se hace salir uno y que entre en la
»plaza.

»Y como se asombra de ver tanta gente por todos lados, por-
»que adonde quiera que va se encuentra con el paso cerrado, en-
»tonces para más calentarle los toreros le tiran unos palos de
»diez piés de largo que tienen á la punta un pincho de hierro

»bien afilado como una lanza. Cuando los toros se sienten así heridos por las picas que les han puesto y perseguidos por los gritos de todos lados, se enfurecen de tal modo, que destruirían á una persona si llegaran á alcanzarla; así braman y corren furiosos por los fuertes pinchazos que la cuadrilla les da, y los veríais correr con 15 ó 16 picas á la vez que les cuelgan de la piel y les hieren cada vez más cuanto más corren. Ya se pone á correr detrás de uno de los chicos en que se ha fijado, para hacerle daño, el cual no sabe cómo escapar; tan rudamente le persigue la fiera.

»Entonces, cuando sus compañeros ven que empieza á fatigarse, persiguen todos al toro, dándole tajos con las espadas, de suerte que el animal se ve obligado á dejar su presa para perseguir á los otros, en lo que frecuentemente se ve que algunos se echan al suelo á fin de evitar el encontronazo y tal vez la cornada, cuando de otro modo no les es posible escapar.

»Y cuando el animal les ha corrido un buen rato y ellos han dado bastante entretenimiento á los espectadores, de miedo de que la bestia no hiera malamente ó mate á alguno de los de la cuadrilla, le cortan los jarretes con sus chafarotes, con lo cual el toro se ve obligado á arrastrarse y por último á echarse, por no poderse tener más sobre sus piernas; matándole después y arrastrándole fuera, para repetir la fiesta con otro bicho y ver cuál es el peor de la ganadería, ó el que ha dado más juego. »Así como lo habéis oído, tienen lugar las corridas de toros.»

Natural es que al bueno de Lorenzo no le consintieran hablar mal de los españoles en el itinerario del primer viaje de Carlos V á España, y habido eso en cuenta, se comprende todo el veneno que encierran las frases con que termina la descripción:

—¡Así como lo habéis oído—exclama el flamenco—
tienen lugar las corridas de toros!

Es lo menos que pudo decir; tal como aquel señor

mal educado, que tenía la costumbre de estar siempre blasfemando, y al cual, un día que entró en un coche del ferrocarril, le rogó el Jefe de estación que dejara en paz, durante el viaje, á Dios y á los Santos, por respeto á las señoras que iban en el mismo compartimiento. A la hora de estar hablando racionalmente, ya el blasfemo no pudo resistir más, y para desahogarse, bajó un cristal, echó fuera de la ventanilla la cabeza y un brazo, y dijo mirando al cielo y con el puño amenazante:

—¡Ya me entiendes!

Después de haber discurrido, á propósito de la lidia de reses bravas, por los campos de la historia y de la literatura, justo es que concluyamos esta parte diciendo algo de la filosofía de cuernos, y nada más notable, en esa materia, que el siguiente párrafo, que copio de un librejo titulado *La Tauromaquia*.

Dice así:

«El filósofo admira y discurre en el circo taurino la excelencia del hombre, que desde su desnudez é ignorancia primitiva ha sabido alzarse con el influjo del mundo y sacrificar á su antojo y diversión las bestias más poderosas. El naturalista observa las alteraciones que el cuidado y el estado de domesticidad han producido en el caballo y el toro, y cuanto les desvía del primitivo modo de ser y obrar. El político conoce con cuán poco se contenta y distrae al pueblo laborioso, y aprecia dentro de sí el efecto que el espectáculo hace en el carácter de la multitud. El matemático vislumbra la posibilidad de reducir el toreo á demostraciones, porque considera en el toro un cuerpo que se mueve con dirección y velocidad conocidas, y en el torero todos los medios para variar la primera y acelerar ó retardar la segunda. El economista ve en el consumo de toros y caballos uno de los elementos que más influyen en el fomento

de la cría del ganado vacuno y caballar. El viajero admira un espectáculo tan grandioso y magnífico. Todas las clases, todos los sexos, todas las edades y condiciones de la vida concurren á él; se enajenan, se olvidan de sus penas y el panorama no tiene igual.»

No caben más desatinos en menos palabras.

*
* *

Al insigne poeta lord Byron, que visitó á Cádiz durante la guerra de la Independencia, le produjo tal indignación una corrida de toros, que en el apunte de ese viaje que figura en sus obras, hay frases de entusiasmo por la belleza de la ciudad, de desprecio y aun de falso testimonio para los españoles y para las españolas, y de tiernísima compasión para el caballo.

De los españoles dice que comparten sus días entre la iglesia y la plaza de toros, y que, acostumbrados desde niños á ese fanatismo y á esos espectáculos de sangre, son ignorantes, tienen mal corazón y le pegan una puñalada al más amigo con el más frívolo pretexto.

Al caballo lo pinta marchando con paso mal seguro, con el vientre abierto, en el que se descubren palpitan-tes los órganos de la vida, á pesar de lo cual sostiene y obedece al picador y lo libra del peligro.

El bardo inglés no sabía, sin embargo, de la misa la media. Oigan, oigan nuestros lectores la gran infamia de las corridas de toros.

Al noble animal, tan bien descrito por la pluma del duque de Rivas y tan bien retratado por el pincel de Velázquez, después de apurar sus fuerzas largos años en servicios de lujo, en las faenas de la guerra, en los trabajos del campo, de la industria, ó del comercio, ó en el arrastre de una diligencia, ó de un tranvía, le suelen dar por recompensa sus cristianos dueños, de cuyas manos tal vez cogía los terrones de azucar y á los cuales quizá conocía y seguía como un perro, el venderlo á un empresario de caballos de toros, alma caritativa, que lo prepara para salir á la plaza:

1.º Haciéndole dar carreras y más carreras, hasta rendirlo, para que esté aplomado.

2.º Atronándolo, es decir, tapándole los oídos con estopa, atascándolos bien, para que el animal no oiga los resoplidos ni los bramidos de la fiera, ni el vocear del público.

3.º Vendándole el ojo derecho para que no vea al toro; pero dejándole descubierta el izquierdo, á fin de que no estelle al picador que lo lleva á la muerte; rasgo de nobleza que por sí solo se alaba.

De este modo indefenso sale el infeliz caballo al rondel, y es movido de acá para allá, por los tirones de la brida y por la espuela vaquera del picador y por la vara del *mono sabio*.

Cuando el caballo ha dado algunas caídas y recibido varias cornadas, cuando dilatadas las narices y con el desaliento en la mirada por los cruelísimos dolores que

sufre, marcha con paso vacilante, colgándole el mondongo, del que arrastra por el suelo un pedazo de tripa que va dejando un rastro sangriento, entonces es cuando más le conviene al picador.

Moribundo, sin alientos para encabritarse, es una masa casi inerte que gravita á plomo sobre las patas, y cuya fuerza vital se emplea por completo en mantenerse así, sin avanzar, ni caer; esto es lo que al picador le gusta; tener así el caballo y *apurarlo* antes de que se muera, poniendo sobre él unas cuantas varas con más desembarazo y con menos riesgo de un tumbo que sobre un jaco brioso.



Aquí entran de consuno, para lograrlo, la sabiduría y las buenas entrañas del *mono sabio*. Lleva estopa en la faja para atascar de ella las heridas del animalito y evitar que pierda mucha sangre; y tiene estudiado, que si en aquel estado cae al suelo, no hay forma de que se levante, por más garrotazos que se

le dén en el cuarto trasero; ya no los siente, y es preciso ¡qué horror! darle de firme palos entre las orejas ó en la parte curva y blanda de las cuartillas, donde aún conserva la sensibilidad.

¡Hasta la naturaleza es cómplice de esas iniquidades; porque si el caballo se quejase como otros animales, si el dolor le arrancara relinchos desesperados, quiero ha-

cer á mis compatriotas esta justicia, no había público que lo resistiera; se habían concluído las corridas de toros!

*
* *

Pero no he tenido todavía palabras de conmiseración más que para el caballo, y he sido injusto, porque muy digno de lástima es también el toro.

Dice bien, muy bien, mi amigo Enrique Triviño, que antes que aficionado es hombre de inteligencia clara y de buenos sentimientos: «En una corrida, el toro es el único que tiene razón.»

Haciendo caso omiso de los caballos, elementos pasivos de la lucha, que sufren y mueren inermes, entre los espectadores que gozan con el martirio de la res, los lidiadores que la martirizan y aquella que fuera de la dehesa, acosada, hambrienta, encerrada horas y horas en el chiquero y hostigada cruentamente al salir al redondel para que haga uso de sus armas, obra movida por la desesperación y en último término no hace más que defenderse, la conducta más racional ¿quién lo duda? es la del toro.

No me olvidaré nunca de las frases de un distinguido amigo mío, antiguo agente de Bolsa y reciente Senador, que asiste á las corridas, pero que discurre sobre ellas como Triviño; más aún; se declara en la lidia partidario del toro.

En una tertulia, para mí de bendita memoria, á que asistimos los dos durante muchos años, me decía una noche, con su eterno buen humor:

—He estado en los toros y nada, amigo Navarrete, nada; ni un varetazo, ni una contusión; ha sido una tarde fatal: en cambio, he tenido que lamentar que á un pobre toro viejo le han puesto banderillas de fuego; y, hablando ahora en serio,—añadió,—cuando más vociferaba el público, decía yo para mí: ¿quién sabe si á la vacuna de la madre de ese toro castellano deberán la vida muchos hijos de los que más gritan?—

No figuramos muy en primera línea los españoles en la lista de las naciones civilizadas; pero yo creo, sin embargo, que los espectadores de las corridas de toros deben sentirse movidos á piedad en algunos momentos de la lidia. Me refiero, verbi gracia, á cuando el toro, después de la suerte de pica, y al clavarle el primer par de banderillas, rendido, jadeante, bañado en sangre y sudor, mugiendo de rabia y de sufrimiento, vaga desatentado por la plaza en busca de un lugar donde no lo maltraten, ó donde al menos halle más condiciones defensivas de aquellos que lo rinden y lo hieren, é intenta saltar ó salta entre barreras, y se acerca á las puertas del toril y del corral, sitios donde recuerda que permaneció tranquilo antes de la lidia, y se detiene en aquellos lugares de la plaza en que siente mayor frescura, y se refugia por último en los tableros para recibir sólo por delante los ataques de sus enemigos y evitarlos con el testuz; y la cuadrilla entonces, sin darle punto de reposo, le fatiga más y más con los capotes y le agujerea el morrillo con nuevos arpones, hasta que después

de una brega muchas veces interminable, los pinchazos y las estocadas obligan á echarse moribunda á la res, cuya vida remata el *artista de puñal*, como, con gracia suma, llaman los franceses al puntillero, que sin duda es el más humano de la cuadrilla.

*
* *

Aquel *genio del torero* que se llamaba Pedro Romero, decía lo siguiente á sus discípulos, en la Escuela Sevillana de Tauromaquia:

«El matador de toros debe presentarse al *bicho* enteramente tranquilo, y *en su honor* está el no huirle nunca teniendo la espada y la muleta en las manos. Delante de la *res*, no debe contar con los piés, sino con las manos; y una vez el toro derecho y arrancando, debe parar aquéllos y *matar ó morir.*»

A propósito de la suerte de matar á toro recibido, añadía:

«Parar los piés, muchachos, y *dejarse coger*, que es la manera de que los toros se consientan y descubran bien.»

No caben mayor rebajamiento de la idea del honor, ni más grandes atrocidades en materia de lecciones.

Desmintiendo la profecía de Montes, conservamos todavía en España en 1885 y cuando está casi descubierto el dar dirección á los globos, la raza de los Pedro Romero, Costillares y Francisco Herrera Guillén.

Lagartijo es el que tiene más la enjundia de los grandes toreros, y, en la especialidad de matar, prefiere aquellos toros que hay que ir á buscarlos con el volapié, diferenciándose en esto de *Frascuero*, que, como Pedro Romero, es el matador de los toros que se arrancan, así como *Curro*, heredero del *eclecticismo* de su citado tío y de su padre *Cúchares* y profundo conocedor de los toros, está resuelto á no morir á sus cuernos, y, con poco lucimiento, mata sin peligro todo lo que le echan, con ayuda de su gran muleta.

Pocas personas conocen en España las de primeras letras y las demás científicas ó artísticas; pero tocante á dichas tres escuelas tauromáquicas, no hay conde, ni traperero, no sólo que no las conozca, sino que no sea capaz de sostener sobre la prioridad de la una ó de la otra, un animado debate.

Como dije antes, no saldrá de mi pluma nada ofensivo para los toreros. Los ganaderos son mucho más censurables. El torero que despunta gana mucha plata, recibe grandes aplausos, tiene corte de aduladores, y no sólo, dado el nivel intelectual de España, se explica que siga el oficio, sino que es raro que no salgan muchos *Mazzantini*, aprendiz hoy, que por su habilidad *para herir*, su serenidad y su coraje, hará más fortuna que parapetado detrás de un tintero ganando tres pesetas al día.

Pero dígame usted, don Rafael Molina: ¿No se le ha ocurrido á usted nunca pensar, después de haber demostrado que es un gran torero, á la altura de Montes y de Redondo, en el gran servicio que prestaría á la civilización de su patria y en el nombre honrosísimo

que legaría á la Historia, cortándose la coleta, protestando contra la barbarie de la lidia de reses bravas, y empleando el capital adquirido en ella, no en crear una ganadería, sino en modificar, v. gr., la fabricación de los aceites en la hermosa provincia de Córdoba, para que, no sacrificando la calidad á la cantidad, en vez de ser malos, compitieran con los exquisitos de Aix y de Niza de Francia, ya que son nuestros olivares los mejores del mundo?

Los toreros hacen más daño que en las temporadas de lidia, en las de huelga, y la razón es obvia. Cada uno de ellos, hasta el último banderillero, más aún, hasta el último *maleta*, tiene su corte de vagos, los cuales á su vez tienen otra corte cada uno de aspirantes á amigos de toreros. De entre estos cortesanos de gorra, pelo hacia adelante y echado sobre la oreja, chaqueta corta, pantalón ajustado, botinas de color y las manos en los bolsillos de la chaqueta, mozos que se acostumbran á la holganza y por mantenerla dan que hacer al diablo, salen *mayormente* los *timadores*, los *espadistas* y los rateros.

Hay hombre que abandona á su familia, ó la mata á disgustos y anda roto y malparado y sería capaz, á falta de otros medios, de llegar hasta el crimen, por pasarse los días haciendo la tertulia á un torero en el café de las Columnas, en el Imperial, ó en el Suizo Nuevo.

Cuando los toreros van por las calles con sus chorreras en la camisa, sus botones de brillantes, sus largas cadenas de oro, sus sortijas y sus fajas de colores vivos, no sólo son admirados, sino envidiados de los pobres trabajadores. Estos, que fueron quizá sus

compañeros llevando cubos de cal en una obra, ase-
rrando madera, ó podando una viña, los ven, de la no-
che á la mañana, porque descubrieron, el uno, que sa-
bía cuartear á la cabeza del toro, y *vaciárselo* el otro,
(habilidades para las cuales, después de todo, lo que se
necesita es corazón), con dinero que gastar, y buena
ropa, y mujeres, y vino, y holganza y la amistad de los
señoritos. Hay, pues, que ser torero á todo trance. El
horno está siempre lleno de masa. No se acabarán cier-
tamente las corridas por falta de lidiadores.



¿Consentiría el Estado la instalación de una fábrica
de pólvora en la Carrera de San Jerónimo de Madrid?
No. ¿Por qué? Porque sería un atentado al derecho á la
vida de los vecinos.

Pues las reses bravas y las corridas de ellas en las
plazas, son un constante atentado á la vida de muchos
hombres.

¿Consentiría el Estado nada atentatorio al derecho
del hombre á educar su inteligencia y su sentimiento
con las ciencias y con las artes? Seguramente no.

Pero hay más. Creemos muchos, y está ya admitido
y practicado con autoridad de cosa juzgada en los paí-
ses más adelantados, que la instrucción debe ser obliga-
toria, como el servicio militar y como el contribuir al

sostenimiento de los poderes públicos; porque el que no se instruye, porque el que no está dispuesto para defender con las armas á su Patria, porque el que no contribuye á pagar las cargas del Estado, atenta á los derechos de los demás miembros de la sociedad.

Pues bien; calcúlese si el Estado, que debe obligar al individuo á educarse, puede ni debe consentir que exista un foco permanente contrario á toda educación, que embota la inteligencia, petrifica el alma y espolea todas las malas pasiones del hombre, como nuestra in-noble fiesta nacional.

No hay nada más atentatorio á todos los derechos individuales que las corridas de toros; no hay nada que tanto deba combatir todo demócrata, desde el más tibio hasta el más ardiente, que esa fiesta indigna que nutre todas las ignorancias, que aviva todos los odios, que sólo es conveniente á quienes desean dominar el mundo embruteciéndolo, acaparando la instrucción de niños y niñas y dejando raquílicas sus inteligencias con el desarrollo grandísimo de sus memorias, habituándolos al desaseo, á hacer virtud de la hipocresía, á odiar todo aliento de libertad y prostituyéndolos, por último, en ocasiones, con el consentimiento y aun con la excitación á los más inmundos pecados. Sólo á esas gentes conviene que exista en cada pueblo una plaza, donde haya cada domingo una corrida de toros.

Lo repito una y mil veces. No ya cualquier demócrata; el liberal más templado, pero que tenga en alguna estima el respeto al humano derecho, debe ser enemigo de esa indigna fiesta, y el Estado tiene obligación de prohibirla.

Cada derecho es evolvente de un deber, y uno de los primeros derechos y deberes del hombre, es el derecho y el deber de vivir, de realizarse en el mundo y progresar con el libre desenvolvimiento de las facultades de su ser. Pues bien, si el cometido del Estado es el mantenimiento de cada individuo dentro de la órbita de sus derechos, lo que implica el cumplimiento de sus deberes, no debe consentir, no sólo el atentado de un ser á su propia existencia, sino mucho menos el escándalo de que existan profesiones en que se arriesgue y se pierda la vida, no ya por la aspiración continua de un producto químico ponzoñoso en un laboratorio, sacrificándose el hombre en aras de la ciencia; no ya de igual modo, en las profundidades de las galerías de una mina, ni cooperando á la realización de una empresa benefíciosa para las gentes y exponiéndose por tal razón á ser mártir del adelanto material; sino ¡baldón inaudito! picando, poniendo banderillas y dando estocadas á los toros.

Hoy la legislación hace caso omiso de los derechos de la inteligencia y del alma, y sólo trata de los envenenamientos con arsénico, ó ácido prúsico: cuando más, los códigos fundamentales de las naciones vedan la ejecución de lo que sea contrario á la moral universal, que es, según la frase vulgar, poner puerta al campo. Por lo visto las corridas de toros, para el criterio gubernamental que no las prohíbe, son favorables á la moral universal.

Es de todo punto indispensable que los esfuerzos para concluir con esa fiesta brutal, no se limiten á la propaganda de las Sociedades protectoras de los animales

y de las plantas. Bien sé yo que las corridas de toros son un efecto, y que ese efecto se anulará cuando desaparezca su causa original, que es la ignorancia; pero hay formas tan bárbaras de la ignorancia, que obligan á rechazarlas por la fuerza, aun cuando la causa siga dispuesta á reproducirlas: el robo y el asesinato consecuencias son, como todos los males, de la falta de conocimiento, y, sin embargo, los códigos no consienten la realización de esos crímenes: lo propio, á mi juicio, debería acontecer con las fiestas de toros; creo más, creo que por mucho que es grande el atraso de nuestro pueblo, no llega al punto de provocar hoy un conflicto por la prohibición de las lides tauromáquicas; el pueblo español tiene encarnada en su ser la idea democrática y dudo mucho que hubiera una ciudad en España, cuyos habitantes se revelaran hostilmente, pidiendo la derogación de un decreto, v. gr., de derribo de los circos taurinos; yo creo que los hijos del pueblo más aficionados á esa fiesta, conocen su barbarie y se avergonzarían de salir amotinados á la plaza pública, llevando por bandera: «¡Vivan las corridas de toros!»

Los obreros inteligentes, agrícolas é industriales de España, no pueden, por más que la costumbre y la falta de otras distracciones los lleve á los circos, arriesgar, no digo la vida, ni un pitillo, por la fiesta antirracional y antidemocrática por excelencia.

Si al prohibirse, como debería suceder, por el Estado el ejercicio de la profesión de torero; si al no consentirse las lides tauromáquicas, algún pueblo se lanzara, en tren bélico, á defender el martirio de los animales y el embrutecimiento del hombre, ese pueblo no sería

digno de ser regido por institucionales liberales, ni democráticas, sino por la teocracia de don Carlos.

Argúyese por los encomiadores de las fiestas de toros que las muertes que ocasionan sus lances son contadas. No es exacto. Los que tal afirman se refieren sólo á los toreros de fama, y como su número es reducido, corto es también el de sus bajas.

Sin embargo, sin recurrir á estadística ninguna, me vienen á la memoria, sólo de espadas muertos en la plaza, ó inutilizados de resultas de una cogida, los nombres de *Pepe-Hillo*, Montes, Oliva, Domínguez, *el Tato* y Pepete, el diestro cordobés que espiró en la plaza de Madrid ante los espectadores que, como sufragio por su alma colmaban de invectivas, momentos después, á Cayetano Sanz, porque no *paraba los piés* en la muerte del toro matador, temeroso de que realizara en su persona la segunda parte del drama.

Recuerdo un pormenor horrible de la muerte de Pepete.

Habiendo dado el picador Antonio Calderón, si mal no recuerdo, una caída al descubierto, Pepete, que hablaba con la gente de un tendido, se volvió y corrió al quite, encontrándose con el toro, que lo embrocó y lo mató de dos terribles cornadas en el pecho, después de lo cual, la res se fué de nuevo al picador, que aún estaba en el suelo, salvándolo milagrosamente un capote.

Entonces un espectador se volvió hacia sus amigos y les dijo con el mismo entusiasmo que si acabara de hacer el descubrimiento más prodigioso:

—¡Habéis visto! ¡habéis visto! ¡por poco se carga el párol!

Ténganse en cuenta los toreros de cartel de segundo orden, los lidiadores de las corridas de novillos, los que torear en los circos que se improvisan en muchos pueblos, los que capean los toros llamados en Andalucía del aguardiente y las reses enlazadas que se corren de día y de noche por las calles de ciertas localidades en determinadas fiestas, los que dan pasto á su afición en los mataderos, y finalmente las desgracias que acontecen con los toros de plaza en el campo, y se verá cómo el número de contusos, heridos, muertos é inutilizados cada año, por obra de las reses bravas, asciende á una cifra muy respetable.

*
* *

Nada he dicho acerca del señor Presidente, y merece por cierto que se le consagren algunos renglones.

La presidencia es el mayor oprobio que hacen las corridas de toros, no á nuestro estado de civilización, sino á nuestro sentido común.

Un individuo del Ayuntamiento acude á la plaza en representación del derecho, en nombre de la ley, á presidir el espectáculo.

Esa autoridad no va á protestar contra la violación del más sagrado de todos los derechos, contra la conculcación de la ley y de la moral; nada de eso, aquel individuo de la corporación popular no va siquiera á velar por el mantenimiento del orden en aquella inmensa reunión, sino á mandar que piquen al toro, que le

pongan banderillas al toro y que maten al toro. ¡Qué cruel sarcasmo!

Más aún. Si el toro huye del castigo, el representante del derecho desempeña la noble misión de mandar que le pongan banderillas de fuego, ó que le echen perros de presa.

Todavía más. Si el picador anda remolón, porque conoce que el toro tiene mucha cabeza y en la ferroz embestida puede darle un barquinazo mortal, entonces el hombre de la ley, el hombre del derecho manda por entre barreras un murciélago en pie, que va corriendo á decir al picador:

—De orden del señor Presidente que vaya usted al toro.

Y si el picador se resuelve á que el toro no le rompa el esternón, en vista de tamaño escándalo, la ley, el derecho, le imponen una multa por el delito de querer conservar la vida.

Esta ya no es cuestión de lidia de reses bravas, sino de que los hombres que vivimos, siquiera sea en España, á las puertas del siglo xx, gozando del ferrocarril y de la máquina segadora y del telégrafo y del teléfono, blasonando de hombres del progreso, de sabios y de artistas, en buen hora que no respetemos derechos ni leyes; pero al menos no las prostituyamos hasta el punto de enviar á sus representantes á que decidan cuándo se le han de poner banderillas de fuego al toro, ó á mandar tocar la trompeta tres ó cuatro veces al matador para que se deje matar por el toro.

Allá se las avengan público y empresa, y bueno es que una compañía de agentes de orden público y un

batallón de infantería, y aun una sección de artillería, estén prevenidas para poner coto á las brutalidades que naturalmente pueden surgir de una fiesta brutal; pero que el derecho, pero que la ley, pero que la autoridad, ya que transijan, no sean cómplices, ¡qué digo cómplices! agentes principales, fuerzas directrices de semejante aberración.

¿Es que no son posibles las fiestas de toros sin que las dirija la autoridad, sin que el derecho y la ley sean partes activas del toreo, sin que sus representantes se vean silbados, insultados y aun apedreados, cuando no conocen que el toro ha recibido ya bastantes puyazos y es hora de que le claven los rehiletos? ¡Ya lo creo que son posibles! Que la empresa nombre un director de plaza, como las teatrales nombran un director de escena, ó que sean los directores los espadas, ó el demonio.

Pero si fuera condición ineludible del espectáculo el que la autoridad tome en él parte, desde guardar la llave del toril hasta disponer todo cuanto concierne á el orden de la lidia, eso indicaría que las fiestas de toros, como de otros tiempos, correspondían á otras autoridades; á las autoridades de los circos romanos, ó á la autoridad de aquellos hijos de sus madres que quemaban á sus semejantes, en nombre del Dios del Calvario, en las plazas públicas. Esas autoridades estaban al nivel de las corridas de toros y de juro les tocaba dirigirlas y refinar sus horrores; pero es baldón que debe concluirse, y que se concluirá, el que las presidan los alcaldes, ó los concejales de las nobilísimas corporaciones populares en el año de 1885.

Es preciso gritar, á revienta pulmón, en vez de «¡fuego! ¡fuego!» ó de «¡caballos! ¡caballos!»

«¡Viva el derecho! ¡viva la ley que emana del derecho! ¡viva la autoridad mantenedora de la ley!»

«¡Fuera los presidentes de las corridas de toros!»

*
* *

Las corridas de toros no son de origen popular, sino imperial. En su escudo de armas, figuraría, en uno de los cuarteles, el *Ave, César, morituri te salutant*.

En tiempo de los moros, el bravo alcaide Aliatar

*de la hermosa Zaida amante,
las ordena celebrar
por si la puede ablandar
el corazón de diamante;*

y luego ha sido constantemente fiesta tan oficial como nacional, amparada por el Estado, por la aristocracia y por la religión.

El arte de rejonear fué un tiempo el principal ejercicio de los más nobles caballeros, que desdeñaban, como cosas plebeyas, los libros y las plumas. Carlos V mató un toro de una lanzada en la plaza Mayor de Valladolid; el rey D. Sebastián de Portugal fué hábil lidiador; y Felipe IV rejoneaba y alanceaba toros desde el caballo. Un caballero de Santiago fué el inventor de la *mona* que usan los picadores; y el duque de Medinasidonia era tan diestro y valiente con los toros, que no recelaba de que el caballo fuera bien ó mal cincha-

do, pues decía que las verdaderas cinchas debían ser las piernas del jinete. Por Real orden de 28 de Mayo de 1830, se fundó en Sevilla una escuela de tauromaquia; y existe una pragmática que determina que en las fiestas reales que tienen lugar por razón de juras, proclamaciones, bodas, etc., sean el nervio de aquéllas las corridas de toros y se lidien éstos, en el caso de haberlos de diversas ganaderías, por el orden mismo que tiene sus títulos el rey; esto es: siendo, v. gr., D. Carlos IV rey de Castilla, de León, de Aragón, de Navarra, etc., han de correrse primero los de Castilla, los de León luégo y así sucesivamente. El año de 1846 rejonearon toros en la plaza Mayor de Madrid cuatro caballeros, siendo sus padrinos los duques de Medinaceli, Alba, Osuna y Abrantes; y sus defensores pedestres los afamados espadas Montes, Redondo, Juan León y Jiménez (a) *El Morenillo*. La muerte, por último, de *Pepe-Hillo*, inundó de lágrimas la corte de Manuel Godoy, y hasta el año de 1842 á 43, los carteles de toros eran Reales órdenes que empezaban: «S. M. se ha dignado señalar tal hora para que se celebre la media corrida, etc.»

Dos eminencias del catolicismo, el P. Mariana y Balmes, si no defienden, disculpan en cierto modo las corridas de toros; las fiestas más solemnes de la Iglesia, como Corpus, Santiago, Pentecostés, etc., se santifican con corridas; hasta el *Romancero* dice:

*La gala del Manzanares,
que tiene envidioso al Tajo,
corrió valientes novillos
la víspera de un disanto;*

y ni el Papa ni los Obispos se han opuesto á la erec-

ción de capillas en las plazas, para que en ellas oren los lidiadores antes de salir á la arena, venerándose en la de Madrid la Virgen de la Soledad; ni á que las imágenes tengan colocación pública en los circos, como acontecía en Granada, donde hacía la cuadrilla dos paseos, uno para saludar al presidente y otro para saludar á la Virgen de las Angustias.

Debe consignarse, sin embargo, que Carlos III, el monarca de respetable memoria que expulsó de España á los jesuitas, que declaró á los niños expósitos hijos del rey y dotados de los más altos fueros de la nobleza, que dió á los errantes gitanos carta de naturaleza en España, considerándolos como castellanos nuevos, y que reconoció la independencia de los Estados Unidos, cuando ese reconocimiento era de gran valía, tuvo siempre aversión, como era lógico, dado su criterio liberal, á la lidia de reses bravas, y afrontando el clamoreo de la ignorancia, no las permitió sino introduciendo grandes modificaciones humanitarias en la manera de celebrarlas.

Injusto sería también asegurar que en los tiempos modernos la aristocracia desdeña las ciencias, las artes y las industrias, y ampara la lidia de reses. No. Precisamente las corridas de toros tienen hoy su más resuelto enemigo en un ilustre título de Castilla y Senador del Reino: el señor marqués de San Carlos; y muertos los unos y vivos los otros, del gran número de personajes que citar pudiera para corroborar mi aserto, han descollado y descuellan algunos todavía, entre los más insignes literatos, el duque de Frías, los duques de Rivas (padre é hijo) y el marqués de Guad-el-Jelú; entre

los más excelentes labradores y fomentadores de las industrias agrícolas, la duquesa de Medinaceli, los duques de Veraguas y de San Lorenzo, el conde del Aguila y el marqués del Saltillo; entre los acometedores de grandes empresas, los marqueses de Salamanca, de Campo y de Comillas; entre los grandes industriales, los marqueses de Samá y de Riscal; entre los más notables oradores, el marqués de Sardoal; entre los escritores militares, el conde de Cleonard y el marqués del Duero, y entre los guerreros inteligentes y bizarros, que han prestado inmensos servicios á la causa del progreso, los duques de la Victoria y de Tetuán, el marqués de los Castillejos y el duque de la Torre.

*
* *

Nadie como el señor marqués de San Carlos, con su gran respetabilidad, podría fundar en España una *Sociedad abolicionista de las corridas de toros*, cuya propaganda y cuyos trabajos en la reunión pública, en la prensa, en los Cuerpos Colegisladores, en todas partes, acabara por obtener una ley que concluyera para siempre con esa rémora para el progreso intelectual, para el adelanto artístico y para el desarrollo de la riqueza de nuestra patria, punto este último de que hablaré antes de poner el final en el presente trabajo.

Sería secundado el señor marqués, en su empresa loable, por todas las *Sociedades protectoras de los ani-*

males y de las plantas, por la mayoría de la prensa y por muchísimas gentes, lo mismo de Madrid que de provincias, que se avergüenzan de que, con razón, y bajo el rótulo «España en 1885,» se publique en las *Ilustraciones* extranjeras un grabado que representa un caballero con buena ropa, de pie y esparrancado en el tendido, altos los brazos, dilatadas las pupilas, crespo el cabello, á todo abrir la boca y que se desgañita gritando, según indica el letrero escrito al pie:

—¡Caballos! ¡caballos!

Hay en nuestro país muchos, muchísimos elementos contrarios á la fiesta que combatieron Jovellanos y Feijóo en el libro, y Olózaga en el Congreso.

En la prensa se han hecho brillantes campañas contra las corridas, y recuerdo ahora las de dos periódicos, uno de Madrid, *El Orden*, diario democrático, que se publicó en 1874, y en cuya redacción figuraban publicistas tan eminentes como Castelar, Moreno Rodríguez y Sánchez Pérez; y otro de Cádiz, *El Peninsular*, donde combatió las funciones tauromáquicas un notable periodista, que falleció hace pocos años, don Ambrosio Grimaldi, fundador de la primera *Sociedad protectora de los animales y de las plantas* que hemos tenido en España.

También dió á luz el *Diario de Cádiz*, en 1868, un primor literario, el análisis de un cartel de toros, sátira incisiva y rebosando sal, debida á la pluma del difunto académico de la lengua don Antonio María Segovia, escritor ameno y castizo como muy pocos.

Por último, hay en Madrid diarios importantes, entre ellos *El Correo* y *El Día* (del primero sobre todo estoy seguro y en prueba de ello véase la dedicatoria de este

folleto) que están dispuestos á hacer cruda guerra á la lidia de reses.

Podrá argüírseme que tres diarios democráticos, justamente los tres que con *La Correspondencia* tienen más suscritores en España, son partidarios de las funciones de toros. Seguro de interpretar el pensamiento de los distinguidos redactores de esos periódicos, me atrevería á afirmar que esas publicaciones, por lo mismo que hacen grandes tiradas, se ven obligadas, no á defender las funciones de toros, sino á estampar sus reseñas, lo cual es muy distinto. Los periódicos viven del público y este público, que paga su dinero, es necio, según decía Lope de Vega, y hay que tenerlo contento, dándole por la mañana otra corrida en letras, para consolarlo de la pena de haberse concluído la de la tarde anterior.

Tengo la seguridad de que los distinguidos redactores de *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Globo*, son casi todos abolicionistas de esa como de todas las barbaries; pero en España, donde la suscripción es tan premiosa, donde se considera extraordinaria la tirada de 50.000 ejemplares, es preciso sacrificar á la vida del periódico y á la propaganda de sus ideas, el transigir en esas reseñas, como en otras materias, con el mal gusto de las muchedumbres. Hay en España todavía muchas, muchísimas personas que se suscriben á un periódico por el folletín, por la plana de anuncios, ó por la revista de toros.

Sólo me resta, después de comprender la razón, deplorar que escritores de la valía de *Sentimientos*, *Sobaquillo* y *Un Alguacil*, derrochen raudales de inge-

nio y de gracia en las reseñas de las lides taurinas.

Los tres me honran con su amistad y saben que soy admirador entusiasta de cuanto sale de sus plumas.

*
* *

Sin los grandes ganaderos no habría corridas de toros. Ellos son los mantenedores de la execrable fiesta. Ellos son los responsables de esa ignominia.

Tendría la clase obrera muchísima razón combatiendo rudamente los capitales que se emplean en quitar al cultivo inmensas extensiones de terreno y en perjudicar á la bondad de las reses que se dedican á labrar la tierra, al arrastre, á la obtención de la leche, á las industrias que tienen ésta por base, y al sustento del hombre, todo para fomentar la ignorancia con la cría de reses bravas.

Para que la falta de los criadores tenga menor disculpa todavía, dicen que la ganadería brava es para ellos más bien artículo de lujo que de grangería, hasta el punto de que no podrían vender toros de plaza si no tuvieran grandes labores donde emplear el ganado de desecho de las tientas.

Un renombrado ganadero de Castilla tiene dedicadas, en los montes de Toledo, trece mil fanegas de tierra á mantener quinientas vacas bravas y sus crías hasta la edad de dos años; y para pasto de los toros, dos dehesas, una de invierno de dos mil fanegas, y otra de verano de igual cabida. Cierto es que por la situación

especial de esas tierras y la consiguiente dificultad del acarreo de sus productos, no es posible que sean hoy cultivadas, pues el valor de los transportes superaría tal vez al del capital empleado en las labores; pero ¿acontece lo propio con todos los campos destinados á surtir de reses los circos?

No hace muchos años existían en España, según el estado que tengo á la vista, sesenta y cinco ganaderos, y calculando que ocupe cada uno en la cría de sus toros, nada más que la tercera parte del terreno que dijimos necesitaba la ganadería de los montes de Toledo, resulta que tienen empleadas unas trescientas mil fanegas de tierra en el sostenimiento de la fiesta.

Calcúlese ahora, si esas trescientas mil fanegas se dividieran en lotes de á seis y empleando en instrumentos de labranza el capital que representa el ganado bravo, se repartieran aquellos lotes y estas máquinas entre cincuenta mil obreros agrícolas, para plantaciones de árboles y cosechas de cereales, caldos y hortalizas, con qué suma de riqueza se acrecentaría la del país, de qué número de familias se labraría la ventura y cuánto saldría gananciosa la moralidad del pueblo español, libre de ese espectáculo, que nubla su razón y prostituye su sentimiento.

Hoy, por supuesto, no sólo no es creíble que los criadores pierdan el dinero en el negocio del ganado bravo, sino que, al contrario, es fácil que la codicia les rompa el saco; y ¡plegue á la Providencia que tal suceda, que ese es un buen camino para que los españoles se aburran de los toros!

Como se contruyen plazas y más plazas, crece la de-

manda de cornúpetos de lidia, y éstos, que han llegado á adquirir el precio fabuloso de seis á ocho mil reales cada uno, son cada día peores, pues como todos se venden, disminuye el escrúpulo en los tentaderos y se tórean reses que de otro modo hubieran servido para bueyes.

Sin embargo, desde el momento que comiencen á roturarse terrenos incultos hoy por la escasez de agua, ó por la falta de comunicaciones, y crezcan por tanto considerablemente los precios de los arrendamientos de las dehesas, pocos habrá que se resignen á pagarlos por la manía de sostener una funesta tradición, ó la rara vanidad de ver sus nombres en los carteles.

En Galicia, que surte á Inglaterra de bueyes para el consumo, es donde hay más y mejor ganado vacuno de España, y allí las reses, desde que nacen están sujetas á la doma, sin conocerse la cría de vacas y toros bravos, por no consentirlo la descentralización territorial y ganadera.

La ganadería brava, no hay duda, perjudica, como antes dije, á la bondad de las reses que se dedican al cultivo, al arrastre, á la obtención de la leche, á las industrias que tienen ésta por base y al sustento del hombre; y la razón es obvia: en los tentaderos, esto es, en la prueba, por medio de la suerte de pica, de la bravura de los becerros, los más fuertes, los más ágiles, los más valientes, los más sanos, los de mejor estampa, se apartan para toros de plaza, y los restantes se desechan con destino á los otros utilísimos objetos que dejo enumerados.

La conclusión de las corridas de toros está íntima-

mente enlazada con la cuestión social, con la cuestión de descentralización de la propiedad agrícola.

Cuando se inaugure en España una era de prosperidad para la agricultura; cuando se promulguen sabias leyes transformando la propiedad territorial; cuando las inmensas campiñas que hoy sirven para dehesas, se destinen á cultivo; cuando el dinero se consagre al encauzamiento y dirección de las aguas de los ríos á fin de fertilizar comarcas que hoy necesitan ese elemento de vida, y sea fácil, por vías férreas, ó fluviales, ó por carreteras, la exportación de sus frutos, y al propio tiempo se desequen las marismas, entonces, con la división de la propiedad y la explotación de la tierra, concluirán las diversiones tauromáquicas, porque no habrá donde criar las reses bravas, con las condiciones que necesitan de aislamiento y de gran extensión de terreno.

*
* *

La falta de instrucción engendra el abatimiento del espíritu y la ociosidad, y con la ociosidad el aburrimiento, la tristeza, la melancolía, y con éstos la busca de su remedio en el café con la charla insustancial y los sorbos de alcohol; emborrachándose en la taberna, ó en la casa comfortable de prostitución; recibiendo las caricias y los humores de las mujeres mundanas; perdiendo el dinero en los casinos, ó en otra parte, al treinta y cuarenta, ó al monte; ó, por último, viajando

por pasatiempo, por buscar otras variedades de los placeres, pero sin fijarse siquiera en los adelantos ni en las bellezas de los países que se recorren; y en estos descarrilamientos, producidos por la ociosidad y por la ignorancia, los ricos siguen su camino, creciendo cada día su degradación, mientras tienen dinero y cuerpo para resistir; y los que se quedan pobres, ó lo eran desde el principio, suelen ir de la estafa al robo y del robo al presidio y tal vez al palo.

He ahí el origen de la desproporción inmensa entre productores y consumidores que tenemos en España.

Otra sería la suerte de nuestro país si en su pro emplearan sus actividades los enjambres de zánganos que viven de la política, los que gastan pasivamente sus rentas, las arañas de corral que explotan la necesidad con la usura, los que cantan vísperas y maitines, los ganaderos de toros bravos, los malos escritores, ciertos hombres de negocios, las compañías de bufos y todo lo que ellas mueven, los toreros y sus cortes, los que se pasan la vida en los cafés, en los casinos y en la crápula, y, por último, las meretrices, los jugadores, los tahures, los timadores, los espadistas y hasta los mendigos por oficio.

Y como estas gentes constituyen la mayoría de las poblaciones y carecen de criterio científico, de sentimiento artístico y de habilidad práctica para cualquier trabajo, desdeñan toda ciencia y todo arte y toda profesión mecánica; y así los sabios, los artistas y los trabajadores, no reciben por sus sacrificios en aras del progreso, más lauro que el desdén, ni más estímulo que la explotación, ni más porvenir que la miseria. Así se

explica la estrechez con que viven en nuestro desventurado país los escritores que no ponen incondicionalmente sus plumas al servicio de los que buscan el medro en el infierno de las luchas políticas, ni quieren tampoco especular, en la novela ó en los templos del arte dramático, con el gusto pervertido de los públicos.

Pero ¿es que no existen otras fiestas fuera de las riñas de gallos, de las corridas de toros, de las horas muertas asfixiándose en un café, del garito, del burdel, ó de la taberna, de las cuales, las cuatro últimas, aunque aparentemente no revistan formas tan brutales, también matan la razón y el alma y el cuerpo, y envenenan y pudren la sociedad?

Ya lo creo que existen.

Yo no soy partidario de las carreras de caballos, entre otras razones, porque creo que, como se verifican hoy, no sirven para nada más que para mortificar al hombre y al animal; pero las prefiero, sin admitir siquiera la comparación, á la lidia de reses. Son una fiesta culta.

Tiene para mí el Carnaval un atractivo extraordinario. Recuerdo siempre con gusto que la Academia de Artillería, á que yo pertenezco, hizo inolvidables en Sevilla las fiestas de Carnaval de 1856 y 1857. Yo le encuentro un encanto inexplicable, que me hace esperarlo siempre con alegría y despedirlo con tristeza.

Hay en el Carnaval, en sus fiestas de los paseos, en sus comparsas, en sus bailes, en sus estudiantinas, confianza, aproximación cariñosa de los individuos que no se conocen, expansión, caridad, franqueza, alegría, abandono de las caretas hipócritas, olvido de las penas sin la embriaguez de la gritería salvaje, ni de la san-

gre; algo, en fin, que determina, que así como la fiesta de toros es la fiesta de la teocracia, que divide, que separa por el odio, por la disputa y por las bofetadas; así, por el contrario, las de los Carnavales, siempre perseguidas ó mermadas por la teocracia, son las fiestas de la libertad, las fiestas de los que aspiran á la fraternidad universal.

Me seducen en esos días el Prado de Madrid, las encantadoras batallas de flores de Marsella y Niza, con sus premios á los carruajes mejor decorados y á las máscaras más notables; y las fiestas de Milán y de Roma, y de todas partes, siendo fiestas de Carnaval.

Sus alegorías, de gran éxito cuando tienen arte y gracia y oportunidad; sus bromas, sus comparsas, sus estudiantinas, sus flores, sus dulces, sus bailes, sus misterios del antifaz, sus discreteos, su algazara, todo eso durará mucho, y si algún tiempo decae, renacerá con más fuerza, y ¡ojala suceda pronto en España, para que haya más y más diversiones con que sustituir á la maldición de las corridas de toros!

Tenemos á Vico, y á Mario, y á María Tubau, y á la Mendoza Tenorio, y nada más; y los restos de los buenos tiempos, que nos conservan, como director de escena, Catalina, y como actores, Valero, la Hijosa, la Valverde y Mariano Fernández.

Tenemos ópera italiana, zarzuela y circos ecuestres.

Hay ferias magníficas como la de Sevilla, veladas divinas como la de los Angeles de Cádiz, y juegos florales, exposiciones de plantas, de ganados, de minería, de pintura, conciertos magníficos, jardines con teatro y música para las noches de verano, paseos donde tocan

las bandas militares, almuerzos y comidas de campo en los días de fiesta, romerías y bailes públicos. Hay bastante para que, sin morirnos de tedio, podamos echar abajo las plazas de toros.

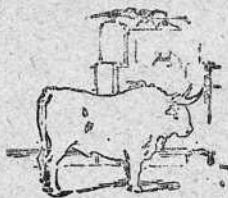
En Bilbao, por ejemplo, con los festejos en la ría, con los teatros, con las *aurresecus*, con las regatas, con las romerías, con las cucañas, con cien diversiones más, había bastante para echar una y veinte canas al aire durante sus fiestas, sin necesidad de que en dos plazas grandes de toros ¡no una, sino dos plazas tiene Bilbao! se lidien reses de muerte en ambas cuatro días seguidos.

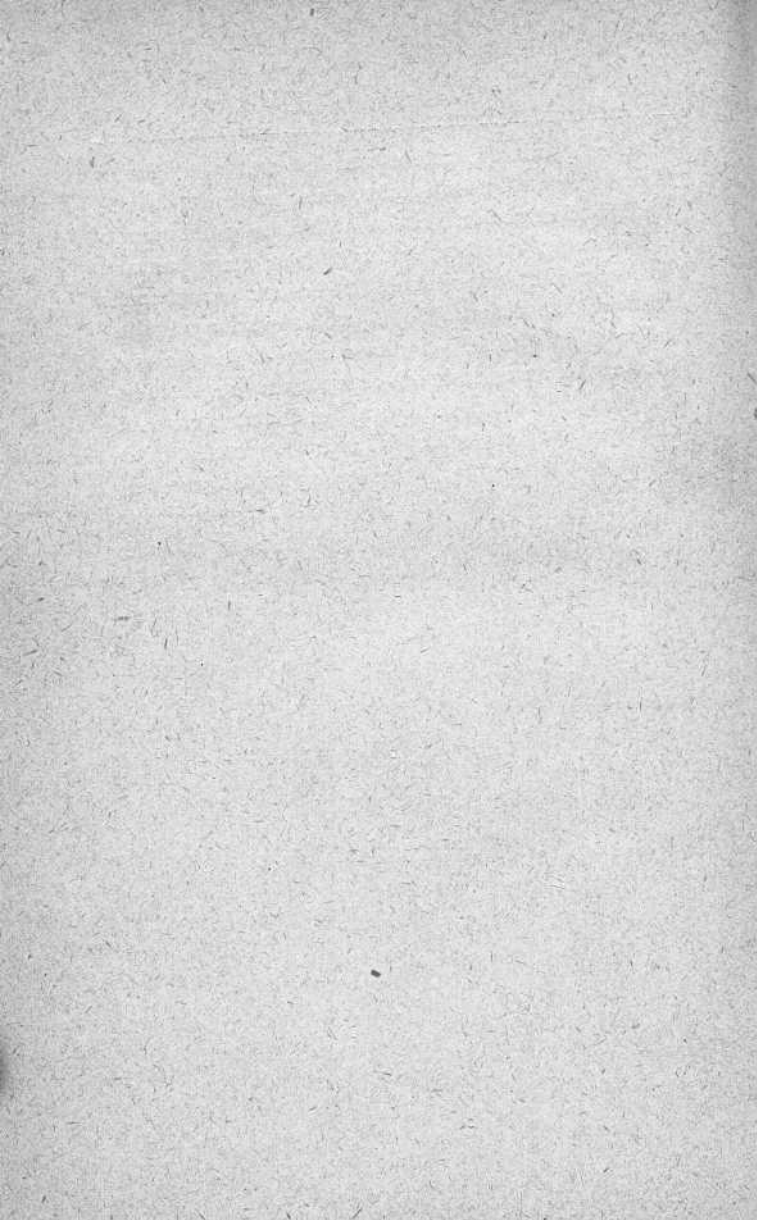
Una observación. Yo recomiendo á los curiosos que averiguen, en los pueblos donde se construyen nuevas plazas, de dónde salen la iniciativa y el dinero para construirlas. Que ahonden, que ahonden, y tropezarán siempre con un jesuita de capa larga ó de capa corta.

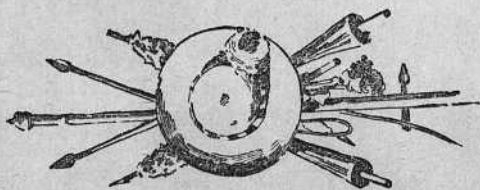
Quando en España se acaben las luchas políticas, mejor dicho, luchas por la existencia, en cuyo torno van haciendo el vacío todos los que trabajan; cuando sea la igualdad ante la ley el dogma que consagre todas las libertades; cuando los servicios administrativos

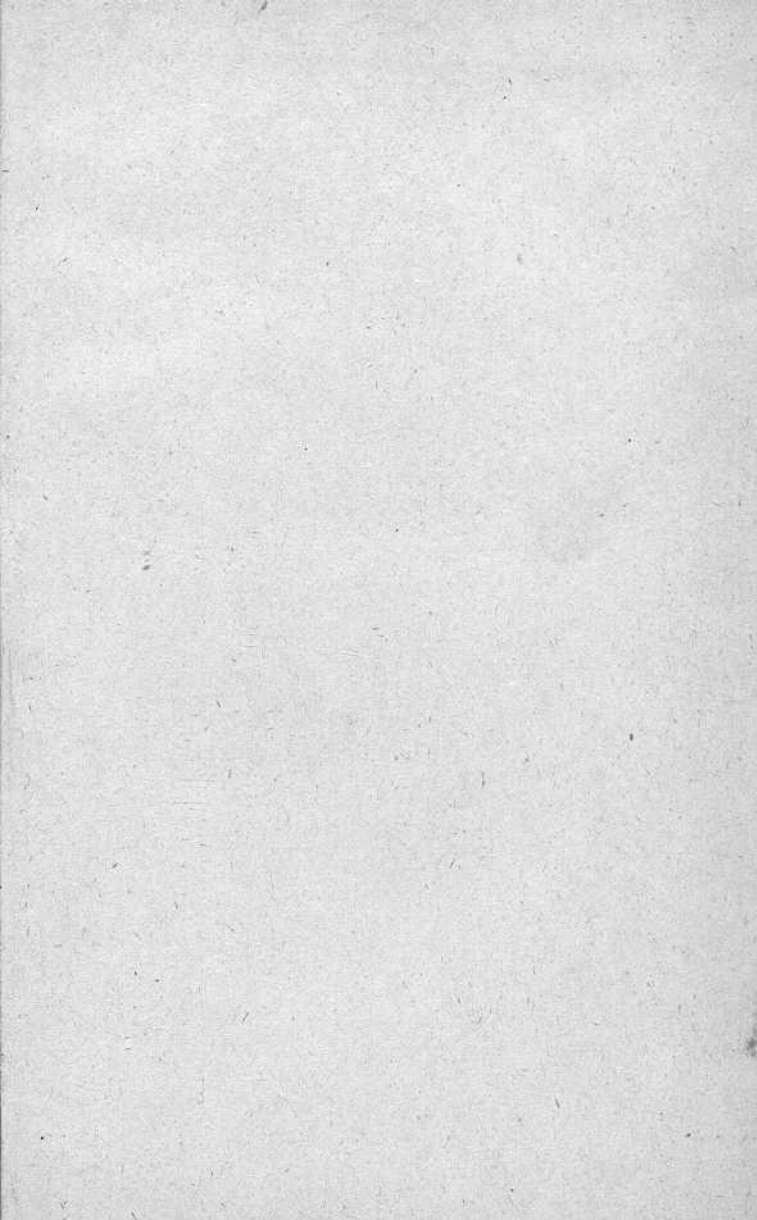
se realicen con religioso respeto á los derechos del público que los paga; cuando la instrucción sea obligatoria; cuando la ciencia reemplace á la charlatanería; cuando se acabe de descubrir por el *Instituto Geográfico y Estadístico* la inmensa propiedad territorial que hay oculta y cada uno pague lo que debe por contribución agrícola y ganadera, industrial y urbana, labrándose bien y en su totalidad la tierra en las fértísimas comarcas que pueden producir pan y bienestar para doble número de población, duplicándose asimismo el presupuesto de ingresos; cuando se resuelvan justamente las relaciones entre el capital y el trabajo, quedando así anulados los defensores de la utopía, que son azuzados por los enemigos de toda civilización; cuando se repueblen los montes y haya vías fluviales y carreteras y ferrocarriles por todas partes, y bancos y colonias agrícolas y sociedades cooperativas; cuando con el servicio militar obligatorio, tengamos un brillante ejército y una poderosa marina, como la reclaman los últimos adelantos, para la defensa de nuestras costas; cuando se encarnen bien en el corazón del pueblo español nuestras aspiraciones sobre Gibraltar, Portugal y Marruecos; cuando los productos de nuestras fábricas puedan competir, como deben, con los mejores extranjeros, en todos los ramos de la industria; cuando, por esos caminos, seamos nación grande y rica, y próspera y envidiada, entonces se acabarán las fiestas del ocio y comenzarán á ser nuestros goces el trabajo y sus magníficas consecuencias; entonces tendremos, no sólo en Madrid, sino en todos los ámbitos de España, escuelas, cátedras, ateneos, bibliotecas, cer-

támenes, gimnasios, talleres para la enseñanza de artes y oficios, academias musicales, escuelas de pintura y de escultura, instrucción de tiro al blanco y del manejo de las armas, mientras la razón de la fuerza sea una triste necesidad, exposiciones científicas, exposiciones artísticas, exposiciones agrícolas, exposiciones industriales; y, por último, *sobre las ruinas de las plazas de toros* se alzarán en los pueblos los teatros regeneradores de la humanidad, los teatros donde todos los individuos puedan contemplar en acción las enseñanzas de las cátedras, donde, por medio de ingeniosos argumentos, revestidos con las mejores galas del lenguaje, hagan los genios dramáticos surgir, de la base de los males presentes, las vías de comunicación del hoy, con el mañana, los senderos que conduzcan á la realización de los risueños ideales del porvenir.









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>267</u>	Precio de la obra.....
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>6</u>	Valoración actual.....

Número de tomos.

2

267